



UY justo es que salvemos del olvido á los Padres y Hermanos que fueron sorprendidos en Loyola por el decreto de expulsion de Carlos III, aprovechándonos del inagotable tesoro

de datos y noticias de aquella época que poseemos en el *Diario* del P. Luengo (1).

(1) El *Diario* del P. Luengo, que abraza todo el tiempo desde la expulsion de España hasta su restablecimiento, se compone de 62 volúmenes y 23 de escritos comprobantes de los hechos citados en el mismo *Diario*.

Los catálogos de la provincia de Castilla de 1762 á 1761, ponen al P. Luengo en el colegio de Salamanca, repasando la Teología y Prefecto de las conferencias de los escolares; en el catálogo de 1765 á 1766, está de Ministro en el colegio de Arévalo.

El P. Luengo nació en la *Nava del Rey*, obispado de Valladolid, por Noviembre de 1735, é ingresó en la Compañía por Abril de 1755.

Fuéle intimado el decreto de su destierro en Santiago de Galicia el día 3 de Abril de 1767. Padeció increíbles trabajos y privaciones durante su navegacion y estancia en *Calvi*, hasta que llegó definitivamente á Bolonia el día 5 de Noviembre de 1768. Se estableció con los del colegio de Santiago en una casa de campo llamada *Bianchini*, á siete millas de Bolonia, y luego en la ciudad, donde permaneció treinta años.

A los pocos días de su llegada se empezó en ella la distribución religiosa con la misma regularidad que en nuestros colegios de España.

Se dió principio al estudio de Filosofía por los tres Maestros con sus discípulos, explicando el P. Luengo el de tercer año, ó Metafísica, á once discípulos que tenía en su aula.

Los trabajos, amarguras, persecuciones de todo género que allí padeció, podrá conocerlos quien tenga tiempo y paciencia de leer su interesante *Diario*.

Ponemos á continuacion el Catálogo de los moradores de Loyola en aquella época, y despues el breve resúmen que de sus vidas hace el P. Luengo en su *Diario*.

Solamente nos faltan datos de dos de ellos; y no ponemos los del célebre P. Agustin Cardaveráz por ser tan conocido y estar su admirable vida publicada con bastante extension por el P. Fonseca.

Por un decreto que se expidió en Madrid en Marzo de 1798, permitiendo á los jesuitas que fueron de la extinguida Compañía el regresar á su patria, salió de Bolonia el día 31 de Mayo, llegando á Teruel donde residia un hermano suyo, Canónigo de aquella Catedral, el 21 de Julio del mismo año. A los pocos meses partió para su patria natal la *Nava del Rey*, donde permaneció un año, regresando luego á Teruel á instancias de su hermano.

No pudo permanecer en España sino hasta el año de 1801 en que fueron nuevamente desterrados los jesuitas que regresaron á España por un decreto de 20 de Marzo. Salió de Teruel á últimos de Abril y se embarcó en Barcelona para Civitavecchia, á la que llegó el 28 de Mayo. Pasó á Roma y permaneció en esta ciudad hasta el restablecimiento de la Compañía.

El 22 de Enero de 1808, con ocasion de haberse negado á prestar juramento á José Bonaparte, fueron arrestados por los franceses varios jesuitas y con ellos el P. Luengo, llevados presos con escolta de soldados, y encerrados en una cárcel con guardia á la puerta, temiendo ser echados de Roma. Sufrieron toda clase de privaciones y penurias, hallándose entre los cuarenta y seis que fueron arrestados, algunos verdaderamente pobres y faltos de todo recurso. Pero se contentaban con el socorro y ayuda de costa espiritual, que al día siguiente, con muestras muy particulares de afecto y de estimacion les envió el Santo Padre Pio VII por medio del jesuita italiano Luis Mozzi, y consistió en su estimable bendicion apostólica, y en una amplísima conmutacion del Oficio divino en caso de viaje, al arbitrio del confesor de cada uno.

Estaban, pues, dispuestos y prontos espiritual y corporalmente para ir á donde los franceses los quisieran llevar; y lo mismo que se dice de estos prisioneros de la cárcel de San Ildefonso, se debe entender de las otras tres cárceles de jesuitas españoles, en San Romualdo, en la Casa del Jesus, y en San Cosme y San Damian.

El día 5 de Marzo lograron alguna mayor libertad y licencia de salir á ciertas horas á la calle, prosiguiendo así durante los cuatro meses que duró su prision.

Habia vivido el Padre desde 1802 á 1811 en la casa ú hospicio de San Ildefonso, en la calle *Pelice*, que era de los Agustinos Recoletos españoles; y de este y de algunas casas suyas era administrador D. Francisco Salesa, Capellan del Ministro de España. Habitaba en él tranquilamente con gusto, con buena salud y con suficiente comodidad, hasta que por Junio del año anterior de 1810, por la supresion general de todos los Regulares, tomaron los franceses posesion del hospicio.

Entónces para no perderlo todo admitió el oficio de *Custodio* de la casa y de la iglesia, aunque le habia de ser algo molesto; pero por un decreto del Director de la liquidacion fué despojado de este cargo y pasó á vivir en el convento de San Nicolás de Tolentino, que fué de los Agustinos Recoletos.

Llegado el año de 1814 se le acrecentaban las esperanzas de agregarse á la naciente Compañía de Jesus, pues por indicios seguros sabia que se aproximaba su restablecimiento.

El día 25 de Julio fué á la casita del *Buon Consiglio* el Cardenal Saluzzo, y les dijo á aquellos Padres sin rebozo y con toda llaneza: «Vengo en derecha del Papa: la Bula del restablecimiento de la Compañía está ya completa y en estado de ser publicada. El Papa irá el día de San Ignacio, y despues de decir Misa en el altar del Santo, la publicará en una capilla de la Casa del Jesus.»

La alegría y gozo de aquellos Padres y la de todos los demás, con este segurísimo anuncio de la próxima y gloriosa reposicion de su oprimida Madre la Compañía por la que siempre habian estado suspirando, fué inexplicable y verdaderamente mayor de lo que se puede concebir; el Padre habla de ella con entusiasmo largamente en su *Diario* cuando refiere cómo se efectuó el día 7 de Agosto.

Siendo ya anciano de setenta y nueve años se agregó á los pocos dias al cuerpo de la Compañía restablecida, ingresando en la Casa del Jesus el día 31 de Agosto de 1814.

De vuelta á España, falleció en Barcelona el 12 de Noviembre de 1816 á los ochenta y un años de su edad y sesenta y uno de Religión.

CATÁLOGO DE LOS PADRES Y HERMANOS
QUE FUERON EXPULSADOS DEL COLEGIO DE LOYOLA
Y DESTERRADOS EN 1767 Á ITALIA

- P. Ioannes Baptista Mendizábal, *Rector*.
P. Ignatius Arizaga, *Min. Conc. Praef. Eccles. Conf. in T.*
P. Ignatius Elcarte, *Admon. Cons. Praef. L. ad M. Oper. Catech. ad FF. Conf. in T.*
P. Augustinus Cardaveraz, *Oper. Praef. Spir. Conf. in T.*
P. Athanasius Ezterripa, *Oper. Cons. Conf. in T. et N.*
P. Iosephus Zubimendi, *Mission. per Cantabr. Conf. in T.*
P. Iosephus Mendizábal, *Praef. Cas. Catech. ad Fam. Praef. Biblioth. Oper. Conf. in T.*
P. Antonius Arribillaga, *Oper Conf. in. T. et N.*
P. Ioannes Ignatius Goitia, *Valetudin.*

FF. COADIUTORES

Iosephus Odiaga, *Janit.*—Franciscus Anduriga, *Proc.*—Iosephus Gárate.—Sebastianus Arregui, *AEdit.*—Emmanuel Ituar-te, *OEcon. Fabr.*—Mathias Pegenaute, *Cust. Vest. Cur. Hosp.*
Visit.—Matthaeus Irusta, *Coq. Disp. Excit.*—Iosephus Mugarza, *Proc.*—Iosephus Valdivieso, *Cur. Tricl.*

NOTICIAS COPIADAS DEL DIARIO DEL P. MANUEL LUENGO

1. P. Juan Bautista Mendizábal, *Rector*.—En Diciembre de 1774 murió en Bolonia el P. Mendizábal. Al tiempo que salimos de España, despues de haberlo sido en otros varios colegios, era Rector en el magnífico y venerable de Loyola; y en el destierro prosiguió siendo Superior hasta pocos meses ántes de la extincion de la Compañía, que por anciano y por falta de salud se retiró del Gobierno.

Todo concurría en el P. Mendizábal á hacerle un sujeto respetable, querido y amado de todos. Era hombre bien instruido en las ciencias graves, que habia enseñado á su tiempo y consumado en la Teología moral.

Tenia una presencia venerable, un proceder en todo grave y serio, junto con mucho agrado y dulzura en el trato comun, mucho juicio, peso y madurez en todas las cosas, y lo que más

hace al caso, gran religiosidad y virtudes sólidas. Esta mañana se le ha hecho el Oficio al modo regular, asistiendo muchos de la provincia á decir Misa y al Nocturno y Misa cantada en la parroquia de San Estéban, que es de Canónigos Regulares.

Era natural de Marquina, en el obispado de Calahorra, en donde nació á 2 de Octubre de 1704.

2. **P. Ignacio Arizaga** (22 Abril 1779).—Acaba de llegar aviso de haber muerto en San Juan el P. Ignacio Arizaga. No conocí en España á este P. Ignacio, por haber vivido regularmente en los colegios de Cantabria, y aun aquí le he tratado muy poco. Con todo eso, puedo decir con toda seguridad que era un hombre de juicio, de piedad, un religioso observante y exacto y un jesuita laborioso y de celo. ¿Y qué es necesaria otra cosa para tener por cierto lo dicho y mucho más, que haber visto su proceder despues de la extincion de la Compañía, tan piadoso y ejemplar como si prosiguiera siendo jesuita? Aun en el modo de vestir no hizo otra mudanza que la precisa para conformarse con el Breve de Su Santidad, mudando el cuello de la sotana de jesuita con el que usan los sacerdotes seculares. En el mismo lugar se le hará el Oficio con la decencia acostumbrada entre nosotros.

Era natural de Tolosa de Guipúzcoa y del obispado de Pamplona, y nació á 21 de Setiembre de 1714.

3. **P. Ignacio Elcarte** (8 Febrero 1779).—Ayer, 8 de Febrero, cerca del amanecer murió en esta ciudad de Bolonia el P. Ignacio Elcarte.

Fué hombre de prendas y talento escogidos, especialmente para las ciencias graves.

Enseñó con crédito á los nuestros Filosofía y Teología en los colegios de Salamanca y Valladolid; y ya algunos años ántes del destierro estaba retirado en la Santa Casa de Loyola.

Pero aun allí no estaba ocioso, ni lo podia estar por su genio sumamente vivo y propiamente de fuego; y se ocupaba el tiempo que era suyo, especialmente en la Teología moral, en la que llegó á ser y era forzoso, siendo tan escogido su talento, un hombre consumado. Y así, no es extraño, como oigo asegurar, que fuese muy consultado en cosas morales, que se le mirase como un oráculo en ellas y que estuviese muy estimado en todo el país. En este estado se hallaba con más de setenta años de edad y con una salud muy quebrantada, cuando el año de 67 fué arrestado como todos los demás, y sin detenerse un mo-

mento y muy léjos de alegar sus años ó sus débiles fuerzas, nos siguió á Italia con grande ánimo y resolucion.

No es fácil, como hemos dicho muchas veces, explicar aquí lo que padeció este venerable anciano en los primeros años de nuestro destierro, en los que hubo una cosecha tan abundante de todo género de miserias, que podian ser bastantes para contentar los deseos de padecer del hombre más fervoroso. Todo lo sufrió, y no sólo con resignacion y paciencia, sino tambien con grande esfuerzo, con mucho ánimo y con una constante alegría. Ninguno le vió jamás triste por sus incomodidades y trabajos propios; pero los males y desgracias de la Compañía de Jesus, á la que amaba tiernísimamente como á madre, le herian propiamente en las niñas de los ojos, le penetraban hasta lo más profundo de su corazon y llenaban de afliccion y congoja. Y no fué poco, que el terrible golpe de la extincion no quitase la vida á este respetable y amable anciano. Despues de ella, por la que no hizo más que la pequeña mudanza de quitar el cuello de jesuita y poner el de sacerdote secular en su sotana, y el sombrero á tres picos, segun el uso del país, ha vivido siempre acompañado con otros, en el mayor número que se ha permitido, con el mismo orden y concierto que cuando era jesuita, y entregado enteramente á las cosas de piedad y devocion.

Los frios extraordinarios que tenemos sobre nosotros le han pasado, á lo que parece, y le han ocasionado un accidente gravísimo que al tercer dia le ha arrebatado, sin haber vuelto en sí, para poder recibir el santo Viático. Pero cuando ha precedido una vida tan santa y tan irreprochable como la del P. Elcarte, causa poco horror y sobresalto una muerte repentina y sin el tiempo conveniente para prepararse para morir.

Hoy se le ha hecho el Oficio con la decencia acostumbrada en la parroquia de San Donato, con extraordinario concurso de los de la provincia, como tambien á decir Misa toda la mañana en dicha iglesia y en otra inmediata que se preparó para el mismo efecto.

Era este P. Ignacio Elcarte, natural de la ciudad y obispado de Pamplona, y nació el dia 1.º de Febrero de 1704.

5. **P. Atanasio Ezterripa** (25 Abril 1788).—Antes de ayer, poco despues de hacerse noche, murió en la Pieve de Cento el P. Atanasio Ezterripa. Fué hombre de talento más que ordinario para las ciencias graves, y de un ingenio particular, del que dió pruebas en el curso de Filosofía que dictó y en-

señó á los nuestros, y en algunos tratados teológicos que dictó en el colegio de San Ambrosio de Valladolid. Despues que acabó con la enseñanza, segun el uso de la provincia, fué Rector en algun otro colegio, y últimamente en el de Santiago de Galicia hacia los años de 56 y 57, y desde allí fué á descansar al colegio de Loyola.

Allí tuvo algunos disgustos por parte de la corte, y todo su pecado fué el haber ido á Pamplona á informar á aquel señor Obispo de una gravísima violacion de la inmunidad eclesiástica que se habia cometido en dicho colegio por parte de algunas justicias del país, con ocasion de un tumultillo de algunas gentes ordinarias. El Padre no pudo tener otra culpa, siendo su paso justo y legítimo, que el haber hecho por ventura aquella diligencia con alguna viveza y ardor. Pero habiendo sucedido esta cosa no mucho despues del tumulto de Madrid y el último año que estuvimos en España, ella y el tumultillo, sobre el que se imprimieron algunas cartas que habia habido entre la justicia de aquel país y nuestro P. Provincial, sirvieron maravillosamente en manos de los ministros y del P. Confesor, para inclinar al Rey á la fuerte resolucion de desterrar á la Compañía de todos sus dominios (1).

(1) Es curioso lo que sobre estos sucesos llamados *la Machinada* encontramos en un manuscrito del archivo de Loyola, y tanto más interesante cuanto se refiere á la época en que más se trabajaba en la obra del colegio ó iglesia; y la violacion de la inmunidad eclesiástica de que se habla en el texto tuvo lugar en el atrio de dicho colegio. Dice así parte del manuscrito:

Relacion de las cosas que pasaron el año de 1766 en el pleito de la inmunidad del atrio de este Real colegio de Loyola.

En esta provincia de Guipúzcoa el año de 1766 llegaron á valer los granos de manera, que los pobres oficiales de todas clases apenas alcanzaban con su trabajo para poder comer un poco de pan ó maíz. Subió el trigo á 40 rs. la fanega, y la de maíz se vendía á 30., y como el jornal diario no pasaba de cuatro ó cinco rs., y muchos de ellos se hallaban cargados de bastante familia, y los años antecedentes habian sido tambien poco felices, llegaron á verse muy apurados. No era esto lo que únicamente les afligia, sino que yendo á comprar con el dicho precio una fanega de trigo ó maíz, los que tenían los granos reservados con deseo de hacer que valiesen más, respondian que no los tenían, y al mismo tiempo estaban despachando granos para la marítima. Todo esto sabian y veian los pobres, y no hallaban modo de remediarlo. Sabialo tambien el Sr. Vicario de Azcoitia D. Carlos de Olascoaga, y el domingo 13 de Abril predicó en su parroquia con fervor, exhortando á aquellos feligreses que tenían granos, para que no los extrajeran fuera del lugar por la necesidad que en él se padecia. No obstante esto, el dia siguiente 14 de Abril vinieron unas caballerías de fuera á llevar granos, y al tiempo que salian del lugar, viéndolas unos zapateros y herreros, las detuvieron y comenzaron á gritar: ¡Alto! ¡Alto! Estaban en la inteligencia de que con ocasion del tumulto que habia precedido en Madrid, el Rey habia prohibido la extraccion de granos. Y así juntándose sucesivamente mucha gente á los gritos de los primeros, cogieron las caballerías, las llevaron á la casa donde habian cargado, y las mandaron descargar, y volvieron el dinero á los compradores. Repicaron despues las campanas, y se juntó mucha gente de los caseríos. Llegaron tambien los caballeros, y preguntándoles qué pretendian, respondieron el que se abaratasen los granos. Púsose la fanega de trigo á 30 rs. y á 20 la de maíz.

En esta desgracia siguió el P. Ezterripa, aunque ya anciano, la suerte comun de todos, y pasó con mucha constancia y aun alegría por las miserias y trabajos de los desastrosos viajes por mar y tierra, y por las grandísimas incomodidades en nuestra estancia en Calvi de Córcega.

En Italia ha vivido casi desde el primer dia en dicho lugar de la Pieve, y por esto y por no haberle conocido en España, no puedo decir cosas particulares de su vida y proceder. Pero, á lo que oigo decir á muchos, era un hombre de una vida y conducta juiciosa, arreglada, siempre igual y uniforme, y propia de un exacto y observante religioso; y en su proceder no hizo mudanza alguna por la extincion, sino la forzosa para obedecer

Con esto se aquietó la gente, y volvieron á comer á sus casas. Por la tarde, uno de los primeros que se conmovieron en Azcoitia, escribió una carta á algunos amigos de Azpeitia dándoles cuenta de lo que habia pasado, y diciendo que estaban satisfechos y quietos. En Azpeitia, noticiosos los caballeros de este alboroto, quisieron prevenirse, para que los de Azcoitia no fuesen á alborotar el lugar. Llamaron á varios caseros de confianza, les dieron armas para defensa de la villa, y de beber muy bien. Al anocheecer, sabiendo que los de Azcoitia estaban quietos, los quisieron enviar á sus casas. Los caseros preguntaron por qué motivo los habian llamado, y sabido dijeron que no eran de peor condicion que los de Azcoitia, y se alborotaron por el mismo motivo, pidiendo tambien la rebaja de granos. Dilatóse la resolucion hasta el dia siguiente, y con esto creció el alboroto.

Esta misma tarde el alcalde de la villa de Azpeitia, D. Vicente Basazábal, envió un recado al P. Rector de este colegio de Loyola, Juan Bautista Mendizábal, con un regidor, suplicándole que le enviase los oficiales que trabajaban en la obra, para defender la villa. Convocó el P. Rector los oficiales delante del regidor, y les propuso lo que le encargaba el alcalde, y que así fuesen á tomar las armas para defender la villa. Algun otro oficial respondió entre dientes, que todos eran interesados en la rebaja de granos. Con esto los dejó el P. Rector. Es de notar que los oficiales de la obra de este colegio no asistieron al alboroto de Azcoitia, ni al de Azpeitia; porque el primero fué por la mañana, y el segundo por la tarde, ántes que los oficiales saliesen de su trabajo, y no obstante se oia hablar á varios, como si el taller de Loyola hubiera sido el primer móvil del alboroto, y los oficiales que en él trabajaban hubiesen sido los primeros que se alteraron, siendo así que no asistieron á su principio, ni hubo razon, ni prueba en los autos que se formaron para probar que hubiesen concurrido á algunos de los concilios que se suponía haber habido en Azcoitia.

Hacia las siete de la noche comenzó á venir hacia el colegio un gran tropel de gente con su tambor y pífano de Azpeitia, Urrestilla y caseríos comarcanos. Juntos todos marcharon derechos á Azcoitia, para juntarse con los de aquella villa, y volver á Azpeitia todos á conseguir la rebaja de granos. Llegados á Azcoitia alborotaron otra vez la gente, que ya estaba sosegada. Hablaron de quemar casas y otras varias boberías, pero á nadie hicieron mal, y así ni hubo quemas, heridas, ni robos, que suelen acompañar á los alborotos. Únicamente golpearon varias puertas, y cataron poco respeto á algunos caballeros. Pero no debe causar admiracion esto en una gente que bebia vino en abundancia, teniendo los señores cuidado de esto. Despues de haber estado bobeando y amenazando á varios, volvieron todos juntos á Azpeitia. En esta villa pasaron la noche del mismo modo que en Azcoitia, amenazando y hablando mucho, y no ejecutando nada de lo que amenazaban. Sacaron al Primiciero de Azpeitia de su casa en camisa, y no obstante haberles disparado una escopeta, que no prendió, no le hicieron mal alguno. Aquí ejercitaron tambien la paciencia de varios caballeros, pero sin hacerles mal alguno. El dia siguiente 15 de Abril, se ajustaron las cosas, púsose el trigo á 26 rs. la fanega, y la de maíz á 16 hasta Agosto. No habia dormido la gente la noche antecedente, y habia bebido vino en abundancia sin comer cosa de provecho, y así comenzaron á entablar otras pretensiones disparatadas sobre diezmos y otras cosas. Quebraron las medidas que se usaban aun contra el decreto del Consejo. Habia en estas dos villas una medida grande para recibir los granos de las ventas, y otra medida menor para venderlos. Recogieron, pues, cuantas medidas pudieron, y las quebraron todas, y pusieron una

al Breve del Papa. Y para tener todo lo dicho y aun mucho más por cierto, basta el ser un hombre de un amor tiernísimo para con su madre la Compañía, y no haberse entibiado en él despues de verla arruinada y extinguida, como he podido observar en algunas de sus cartas, en las que mostraba siempre una impaciente solicitud de ser informado de todas sus cosas.

En aquel lugar ha sido muy sentida su muerte por los jesuitas que viven en él, y aquí en Bolonia se ha oido con general sentimiento de todos.

A la verdad, no es posible ver sin pena, morir en un infame y oprobioso destierro á unos hombres que justamente se miraban

medida igual para tomar y dar, lo cual aprobó ó determinó de nuevo el Consejo de Castilla. Ajustadas así las cosas, vinieron en accion de gracias con procesion á la iglesia de Loyola la justicia y Cabildo de la villa de Azpeitia con una gran porcion de machinos, y se cantó el *Te-Deum*, y volvieron tambien en procesion, y emplearon lo restante del dia en beber, danzar y bobear sin hacer daño á nadie. En otros varios lugares de la provincia hubo tambien sus alborotos, pero todo se redujo á bobear y hacer capitulaciones disparatadas, propias de gente bien bebida, sin que hubiese habido en toda ella incendio, robo, muerte, ni herida alguna. Esta es, en sustancia, la famosa machinada ó alboroto de la provincia de Guipúzcoa el año de 1766, que metió tanto ruido en Madrid y en otras partes de España.

Los dias siguientes hubo tambien alguna bulla, pero no cosa de consideracion; pero los caballeros y gentes que tenian que perder estaban amedrentados y temerosos de cosas mayores, porque la gente comun estaba orgullosa y lo mandaba ó queria mandarlo todo á su gusto. Por esta razon instaron al comandante de San Sebastian, para que enviase tropa que pudiese contener la gente. Salieron de la dicha ciudad y lugares circunvecinos hasta mil paisanos armados con trescientos soldados del regimiento de Islanda á disipar una gran tropa de machinos imaginarios, que se suponía andar armados. Llegaron muchos avisos apretados de los señores de estas villas al comandante que se nombró por la provincia, y venia con toda esta gente D. Manuel de Arriola, que llegó á Azpeitia con toda su tropa, sin haber encontrado un solo hombre con armas desde San Sebastian á Azpeitia. Llegada la tropa el de 21 de Abril por la mañana, se detuvo hasta las cinco de la tarde en Azpeitia. A esta hora salieron la compañía de granaderos de dicho regimiento y una porcion de paisanos con armas á Azpeitia, y habiendo el señor corregidor D. Benito Barreda echado la voz de que iban alojarse á Azcoitia, se dirigió la tropa por el camino nuevo á Loyola, sin saber nada del intento del corregidor. Habiendo llegado cerca de la escalera de la iglesia, el señor corregidor se puso á la frente, y mandó doblar los granaderos hacia la posada, y gritó: ¡Preso todo el taller! No hubo recado alguno de atencion, sino que procedió en un todo como lo hiciera con la casa de un zapatero, sin tener respeto á la iglesia, colegio y Casa real. Prendieron luego todos los oficiales que trabajaban en el taller del atrio. Mientras los oficiales dejaban sus instrumentos y los iban atando, envió el corregidor una tropa de paisanos al Seminario, que se estaba trabajando en las segundas ventanas. Entraron con sus bayonetas caladas, y sacaron todos los oficiales y peones que estaban allí. Envio otra tropa por la puerta de los carros, y sacaron no sólo los oficiales que trabajaban en el taller de los retablos, que estaban dentro de clausura, sino tambien á algunos peones que trabajaban en la huerta que cercaron á manera de castillo, plantando la bandera en la pared. Llévanlos á todos junto al taller exterior, y los ataron allí con los demás. Mientras esto pasaba, tomó el señor corregidor otra porcion de paisanos con sus bayonetas caladas, y subiendo por la escalera de la iglesia preguntó por el P. Rector y el P. Atanasio de Ezterripa, que estaba viendo lo que pasaba, le respondió que estaba en casa. El corregidor sin esperar más, viendo al Rector de la parroquia de Azpeitia, D. José Joaquin de Basazábal, le dijo: Sr. Rector, yo necesito auxilio, y con esto diciendo *más fácil es soltar que prender*, entró con su tropa, y dicho Rector en la iglesia, y no habiendo hallado allí ningun oficial del taller, salió, y entrando por el patio de la Santa Casa, salió por la porteria. Volvió á subir otra vez por la escalera de la iglesia con su tropa, y dijo *no encuentro al P. Rector*, á lo cual respondió el P. Ezterripa: *¿Cómo se va á encontrar*

como los Padres de la provincia, de un mérito singular y dignísimos de mejor suerte.

Era el P. Ezterripa natural de la villa de Durango, en el Señorío de Vizcaya, y del obispado de Calahorra, y nació á 19 de Noviembre de 1704.

6. P. José Zubimendi (25 Noviembre 1783).—Ha llegado hoy de Castelfranco la noticia de haber muerto ayer en aquel lugar el P. José Zubimendi, la que ha desagradado mucho á todos, así porque era un sujeto muy apreciable y muy estimado en toda la provincia, como por el modo desgraciado y trágico de su muerte.

Era el P. José de buen talento, y despues de haberlo emplea-

si no se le busca? pero ya todo viene tarde. Con esto el corregidor se dirigió á la porteria pasando por el atrio de la Santa Casa, y preguntó por el P. Rector, é hizo que le llamasen. Bajó el P. Rector, y la conversacion se redujo á preguntar si habia en el colegio algunos oficiales escondidos, y segun pareció el corregidor estaba en esta inteligencia; porque entre los presos no se hallaba uno que traía entre cejas, pero este oficial viendo el lance del taller se tiró por una ventana del Seminario y huyó. El P. Rector respondió que no tenia noticia de ello. Con esto salió el corregidor sin hacer registro del colegio por parecerle cosa larga. Dejó centinelas con bayoneta calada en la puerta de la Santa Casa. Otros de su tropa subieron á registrar la santa capilla, pero á nadie hallaron. Finalmente, ataron todos los oficiales y peones que encontraron, en número de 74 personas, y los llevaron á la cárcel de Azpeitia.

Para una accion tan ruidosa ayudó mucho el que ambas villas estaban mal con el taller de Loyola. Personas principales hablaban muy mal de dicho taller, como si hubieran sido autores de la machinada los oficiales que trabajaban en él. Y no sólo decian, sino que escribian al Consejo de Castilla y al P. Provincial Francisco Javier de Idiaguez en esta suposicion, siendo cosa clara y sabida en ambos lugares, que en Azcoitia se alborotó el pueblo la mañana del 14 estando trabajando en su labor todos los oficiales de Loyola, y que en Azpeitia se conmovió la gente por la tarde ántes que los oficiales saliesen de su labor. Es verdad que por la noche del 14 y aun el dia siguiente algunos oficiales del taller se señalaron bastante en tocar campanas, en golpear puertas y decir boberias, pero estos fueron tan pocos, que de los 74 que prendieron en la obra á los cinco dias soltaron todos ménos siete; y no obstante que eran tan pocos los culpados, todo era clamar contra el taller de Loyola, y esto ayudó mucho á que se hiciese la prision con tanto ruido, y tan poco respeto á Dios y al Rey.

El P. Rector, que hasta entónces no habia querido juntar consulta sobre lo que habia pasado, aunque se lo dijeron, porque no era amigo de pleitos, viéndose contra su voluntad con la carga acuestas, juntó á los PP. Consultores, y algun amigo práctico en pleitos. En la consulta se resolvió el dar cuenta al Sr. Obispo de Pamplona D. Gaspar de Miranda y Argaiz de todo lo sucedido el dia 21 de Abril. Antes de dar cuenta al señor Obispo, juzgó conveniente el P. Rector dar cuenta al comandante del recurso que se hacia á Pamplona, aunque el colegio no habia merecido la menor atencion por el atentado ya dicho. Escribió una carta, y se la remitió con los PP. Atanasio de Ezterripa y José de Zubimendi. Hallaron al comandante con una gran tropa de caballeros, y le entregaron la carta. Luego que la leyó dijo que aquello era impedir el servicio del Rey, á lo cual respondió el P. Ezterripa que la Compañía sabia hacer el servicio del Rey tan bien como otro cualquier cuerpo militar, político y civil, que la diferencia estaba en que estos cuerpos no siempre se atenian á las intenciones del Rey, que son de que se guarden los estatutos y cánones de la Iglesia. Quedaron callando todos á esto, pero decoraron tan mal la respuesta, que escribieron al Consejo de Castilla que el P. Ezterripa habia dicho que la provincia de Guipúzcoa procuraba el servicio del Rey, pero la Compañía de Jesus cuidaba del servicio de Dios y del Rey. Y con eso se puso el Consejo contra el P. Ezterripa. Dijeron tambien aquellos otras varias cosas, á las cuales respondió el P. Ezterripa de manera, que nadie se atrevió á replicar, aunque despues entre si y en todas partes se dijo que hablaban contra él, y de aquí comenzó, segun se pudo creer, el odio contra el P. Ezterripa.